

Carlos Acuña

Acuarelas de Quipato

EL CASERÓN



VIÓ el terremoto del Señor de Mayo. Sus espesas murallas de adobe nunca fueron transpasadas por el sol. Los antepasados dormían a su amparo una siesta fresca y sana como sus almas viriles y devotas.

En el patio, los viejos olivos se adhieren a la tierra con nudosidades que parecen las venas de una mano de anciano crispada. Mas no son estériles esos árboles antiguos; en los albores de Abril, las muchachas campesinas, con pañuelos multicolores amarrados al cuello apetitoso y moreno, llenan los canastos con aceitunas gordas y negras como sus ojos. Aceitunas que, sumergidas en la lejía de ceniza, son después un bocado digno de un Abad.

Hay unos enormes botijos de greda de la antigua bodega, con un rojo de cresta de gallo a la sombra. Prestan al patio un carácter que da ganas de gritar:

—Tierra maulina, Castilla de secano; esplendor de

sol, y terrón arisco que se deshace en la golosina de la uva y en el encaje fragante del espinol

EL SILLÓN Y EL REBENQUE

Un artífice criollo, con espuelas, diestro en amansar potros, que plañía en la caña de cicuta y cantaba romances cálidos a las mozas en la trilla, talló a cortes de cuchillo un rústico poema de madera en el respaldar del solemne sillón.

La reliquia está a la cabecera del viejo comedor del fundo; piezón enjalbegado con la cal de la propia ferrera.

Don José, el bisabuelo, español criollo, que perdió millares de hectáreas a la baraja, recostaba allí su calva de gozador, rosada por la lujuria y el vino oloroso de Cauquenes. El viejo era un maldito para la broma. Colocaba trozos de teja bajo los peleros de las monturas, para que las bestias volcaran a los jinetes; o, en la oscuridad, les atravesaba lazos de novillo a la altura del avío, incitándolos a correr cerro abajo... Malvado viejo jugador, pendenciero, bromista y enamorado. Perdió su fundo «Chaimávida» a la brisca; murió haciéndole bromas al cura y cogiendo de la barbilla a la muchacha que le humedecía los labios agónicos.

¡Viejo de una pieza! Por eso el sillón es como el dueño: madera ensamblada que ha desafiado los siglos y que sólo está unida por cuñas de madera. Ni un metal, ni un clavo, ni un barniz de tienda; producto criollo como un maitén del potrero.

El rebenque, vara firme de espino entretejida de cuero,

del cual apenas el tiempo ha dejado algunos restos de malla adherida, se enrosca, como cuando Don José vivía, a uno de los coronamientos del viejo sillón. Siempre cerca de la mano autoritaria pero noble que amaban y temían los hijos, servidores y medieros.

LOS TABURETES

De una requisita en el sobrado han salido al sol dos taburetes desvencijados llenos de telarañas. Muestran rústicas tallas a cuchillo, con una elegancia antigua como su edad. ¿Eran pequeñas de estatura las deliciosas mujeres de antaño? Taburetes chatos del estrado, donde florecían adorables ojos pardos y pies pequeños; y que los mozos de la época contemplaban como un maravilloso espectáculo vedado. Nadie escalaba el estrado; las muchachas descendían de allí como una dulce y fugitiva aparición para la danza.

De nuestros abuelos, era azor el que robaba un beso a la mano adorada antes de la boda.

¿Cuántas ansias románticas se reforcieron en los viejos taburetes del estrado?